BIBLIOTECA
LIRICO-DRAMÁTICA

DOS Y UNO

Comedia en un acto

ARREGLADA A LA ESCENA ESPAÑOLA

por los señores

BUENO DE SAUCAL

Y

SÁNCHEZ GARAY

Representada con aplauso en Madrid el día 17 de Febrero de 1849.

QUINTA EDICIÓN

MADRID
ERRIQUE ARREGUI, EDITOR
Atocha, 64, segundo izquierda
1886

DOS Y UNO

DOS Y UNO

Comedia en un acto

ARREGLADA A LA ESCENA ESPAÑOLA

por los señores

BUENO DE SAUCAL

Y

SÁNCHEZ GARAY

Representada con aplauso en Madrid el día 17 de Febrero de 1849.

QUINTA EDICIÓN

MADRID: 1886

ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO

DE M. P. MONTOYA Y COMPAÑÍA

Caños, 1.

PERSONAJES.

Teodoro, *estudiante de medicina.*

Alberto, *estudiante de leyes.*

Mariana, *costurera.*

Una voz.

La acción pasa en Madrid.

ACTO ÚNICO

[E]l teatro representa una boardilla con una puerta al foro; á la [d]erecha, en tercer término, una chimenea, sobre la cual habrá [u]na pipa para fumar, una caja de tabaco, un candelero y un [e]spejillo; en segundo término [u]na ventana que da al tejado, [y] en primer término una mesa de pino con cajón. A la iz-[q]uierda, en el fondo, un catre de tijera con un colchoncillo y [u]na almohada, sin sábana ni manta; entre la cama y la puerta [d]el foro, una levita vieja y un paletó blanco colgados de una [p]ercha; en primer término una arca vieja y sobre ella varios [l]ibros y un par de botas; una guitarra, una flauta y tres sillas [m]uy usadas.

ESCENA PRIMERA.

[RO]BERTO.—TEODORO durmiendo en la cama con un libro en la mano.

[RO]B. (Con otro libro en la mano y durmiendo sentado en una silla y reclinado en la mesa soñando.) Sí, Mariana! Te amo... y te amaré... siempre!

[TE]OD. (Soñando.) Oh! Mariana! Nada más que un beso... uno pequeñito... no seas adusta!...

[RO]B. (Despertando.) Calla! me dormí!... Qué lástima haberme despertado!... Tenía un sueño tan dulce!... (Se levanta y mira por la ventana.) Salió sin duda... la ventana está cerrada... (Volviendose.) También se ha dormido! Eh... Teodoro... Teodoro...

[TE]OD. (Soñando.) Sí, hermosa mía!... Mi bien!...

ALB. Hermosa mía! Mi bien!. . Con quién estará s
ñando ? (Aproximándose.) Teodoro ! Perezo
Dormilón!

TEOD. (Despertando.) Eh!. . Quién?... Qué hay?...

ALB. (Riendo) Ja, ja, ja... Te he distraido; esta
en dulce coloquio con alguna imagen fant
tica?...

TEOD. Déjame estudiar.

ALB. Qué estás diciendo?

TEOD. (Enfadado.) Nada!... Que me dejes repasar la
tima lección de medicina legal.

ALB. (Fuerte.) Cómo? Quieres empezar como siemp
Levántate!... Vamos!...

TEOD. Para qué? Qué me quieres?... No hay medio
poder estudiar aquí. . está visto!...

ALB. Crees que me divierto viéndote todo el día t
dido á la bartola? Pues te equivocas! Conq
levántate, y charlemos.

TEOD. Ya que no hay remedio... vamos allá... Hab
remos de política.

ALB. De política! Para que acabemos riñendo?...

TEOD. (Levantándose.) Reñir nosotros!... Alberto y T
doro! Nosotros los inseparables, según dice t
el mundo? .. Pilades y Orestes? Jamás!... I
posible!...

ALB. (Apretándole la mano.) Querido Teodoro, di
bien!

TEOD. Nuestra vida será siempre cual la de tier
amantes (Se sientan: pausa)

ALB. Cuánto tiempo hace que nuestros buenos p
rientes nos mandaron á Madrid?

TEOD. Dos años por vacaciones; á tí, con el fin pro
choso de estudiar leyes...

ALB. Y á tí, bajo el pretexto de que estudiaras m
dicina... Carreras muy diferentes, en verda
y que parecían elegidas para que no nos volv
semos á ver...

TEOD. Eso no; aunque fuéramos uno al cielo y otro
infierno... Jamás perdería la esperanza de v
verte á ver.

ALB. El cielo que hizo al uno para el otro, hizo ta

bién que profesáramos igual ódio al trabajo y al estudio.

:OD. (Espavilándose.) Y la misma afición al juego, y á correr la tuna.

.B. En el juego fué donde te conocí.

:OD. Ciertamente; la noche que perdiste cincuenta duros en un entrés.

.B. Los únicos que tenía. Pero gracias á la vaca que hicimos, me armé de nuevo.

:OD. Y de cuyas resultas nos hicimos tan amigos. Qué tiempo aquel tan diferente; entónces sí que tenía dinero .. pero ahora... bien me acuerdo de las cenas y los bríndis, en los Andaluces de la calle del Príncipe.

.B. Jamás he visto simpatía igual; en la elección de licores teníamos las mismas inspiraciones, y por efecto de esta prodigiosa simpatía hemos tenido la sublime idea de reunirnos bajo un mismo techo.

:OD. Dirás mejor bajo las mismas vigas y goteras, calle de San Antón, núm. 9, piso séptimo...

.B. Ya hace ocho días que somos camaradas y nuestros bienes comunes, habiendo contribuído yo con mi cama, esta silla y mi guitarra...

EOD. Y yo con esa mesa, esas dos sillas, el candelero, la pipa y la flauta.

LB. También reuniendo caudales.

EOD. (Con sentimiento.) Sí, grandes caudales!... Catorce reales y seis cuartos.

LB. Lo bastante para vivir; la vida común es tan económica... Con esta boardilla nos basta.

EOD. Es verdad, y no pagándola nunca más todavía... Además, con una sola luz nos alumbramos los dos y se ahorran de este modo al año trescientos sesenta y cinco cabos de vela.

LB. Conque... no nos separaremos nunca?

EOD. Ni pensarlo! Vamos á justificar el proverbio que dice, cada oveja con su pareja.

LB. Dos y uno.

EOD. Ay! Alberto, seremos dos cuerpos, pero en cuanto á mi estómago, está separado totalmente del cuerpo.

ALB. Cómo! No comprendo!...

TEOD. Quiero decir, que mi estómago no admite uniones... que tengo un hambre canina!

ALB. Qué casualidad!... Pues á mí me sucede lo mismo.

TEOD. Vaya una simpatía! Tener los dos hambre á un mismo tiempo. (Aparte) Bien que ya hace treinta y seis horas que no ha entrado gracia de Dios por nuestras bocas.

ALB. Y con cuánto contamos para almorzar?

TEOD. (Buscando en sus bolsillos.) Con cuánto?... Deja... pero si eres tú el depositario de los bienes. Procede á registrar inmediatamente tus bolsillos. (Se sienta en la cama mientras Alberto busca dinero.) Cuánto hay?

ALB. En este, nada...

TEOD. Pues es bastante... y en el otro?

ALB. Un papel.

TEOD. Papel moneda? (Levantándose.)

ALB. Ah! la carta del...

TEOD. Del bodegonero, eh!

ALB. Sí, la carta de petición del pagado de los seis almuerzos últimos, con amenaza de no volvernos á dar de comer hasta que paguemos.

TEOD. (Haciendo una pelota de la carta y con enfado.) Vil bodegonero! Quiere perder dos buenos parroquianos... él las pagará; pero no hay que apurarse... estamos á....

ALB. Treinta del mes .. tendremos carta de mi casa remitiéndome la asignación del mes próximo, con que así, esperaremos un poco.

TEOD. Es verdad: aguardaremos; yo también espero carta de mi tia Verónica. Veremos si su corazón de bronce se ha conmovido al leer la historia de mis desgracias

ALB. Siempre te mandará algo... Una tía... es un Monte de Piedad fundado por la naturaleza. (Coje la pipa que está sobre la chimenea.)

TEOD. Sí, así se dice vulgarmente.

ALB. En fin, paciencia. (Fuma.)

TEOD. Filósofos como nosotros, sin más alimento seguro que el de nuestra simpatía y amistad...

bastante poco para engordar. (Se sienta enfrente de Alberto.) Alberto, me quieres alargar esa pipa?

ALB. (Fumando.) Aguarda á que yo acabe.

TEOD. Cómo? Fumas tú?

ALB. Y por qué no?

TEOD. (Con alegría.) Vaya una simpatía!... Y antes no fumaba! Noto que te has aficionado á mi pipa.

ALB. (Remedándole.) A mi pipa! Mi pipa! Qué es eso? Pues qué, no pertenece á la comunidad? Vaya, es una pipa común!

TEOD. Tómala, que yo me marcho á la universidad.

ALB. Y yo.

TEOD. (Mirando por la ventana.) Haz lo que quieras. Ola!

ALB. (Mirándole.) Calla, qué es eso?... Qué tienes? (Va á la ventana y mira con disimulo.) Oh!

TEOD. (Aparte.) Mariana! Qué dicha! (Se sienta.)

ALB. (Aparte.) Si pudiera quedarme solo aquí! (Alto, se sienta.) Pero qué haces? No te vas?

TEOD. Y tú?

ALB. No, he cambiado de idea.

TEOD. Y yo lo mismo.

ALB. Con que así me quedo!

TEOD. Calla, pues yo también!

ALB. Otro capricho!

TEOD. Lo mismo te iba á decir.

ALB. Eres muy testarudo.

TEOD. Y tú muy terco.

ALB. No se te puede sufrir.

TEOD. Ni á tí aguantar.

ALB. (Enfadado.) El diablo de las simpatías!... (Se vuelve de espaldas.)

TEOD. (Idem.) Si éstas son simpatías... (Vuelve la silla.)

ESCENA II.

DICHOS. — MARIANA.

MAR. (Entrando.) Felices días, vecinos. (Teodoro y Alberto la ofrecen á un tiempo su silla.)

ALB. Muy buenos, querida Mariana.

TEOD. Tened la bondad de tomar asiento.

MAR. (Rehusa su silla y dice á Alberto.) Gracias, berto... Apreciables vecinos, díganme uste con toda franqueza si vengo á incomodar.

ALB. Usted incomodar? Imposible!

TEOD. Al contrario, nunca más dichoso que cua usted, bella Mariana, se digna venir á casa... (Alberto hace ademán de enfado.)

MAR. Es usted muy galante, Alberto...

TEOD. (Aparte.) Pues me gusta! Conque soy yo q la galanteo y el otro se chupa las gracias!

MAR. Pero, díganme ustedes... qué tenían cuando vine?

ALB. Nada!... Que ese testarudo no me deja en en todo el día.

MAR. Igual me sucede á mí en el taller.

TEOD. Cómo, Mariana, hay quien se atreve á inco dar á usted?

MAR. Desde el día en que ese abogado de quien h á ustedes el otro día, fué al taller á inform de mi posición, no han cesado de aburrirm de desesperarme.

ALB. El que prometió hacer su fortuna de us Algún viejo seductor?

MAR. Por qué le acusa usted así?... Es un hom respetable.

ALB. Perdone usted... no lo dije por ofenderla.

TEOD. Si tal sucediere... yo la serviré á usted de dre, de madre... de tutor... de lo que u quiera!...

MAR. Le doy á usted las gracias por sus buenos seos para con esta pobre huérfana; pero d mos á un lado ideas y recuerdos tristes... p semos en entretener el tiempo.

TEOD. Sí, sí, qué haremos?

MAR. No olviden ustedes que hoy es domingo... de baile en el jardinillo.

ALB. Y por cierto que me debe usted dos valses.

MAR. Con que iremos?

TEOD. (Bajo a Alberto.) Mira que hay que pagar cada persona un real de entrada, y no tene un cuarto.

ALB. (Idem.) Diantre! Tienes razón; pues lo que es yo no tengo un maravedí!

TEOD. Y yo ni de donde me venga, que es peor.

MAR. Con que están ustedes dispuestos?

ALB. (Aparte.) No tengo nada que ponerme: la levita está tan raída..

TEOD. Me pondré el gabán, mi único traje... (Van á la percha y se disputan quién se ha de poner el gabán.) Toma; lleva tú la levita, el gabán me está mejor á mí.

ALB. Yo no quiero la levita, está muy raída.

TEOD. Lo mismo que estará para mí.

ALB. Sí, pero tú estás mejor de levita, te hace mejor cuerpo... (Se pone el gabán.)

TEOD. (Poniéndose la levita.) Parezco con ella un barbero.

MAR. Oh! Dice bien Alberto... está usted mucho más airoso con levita.

TEOD. Sí... sobre todo con esta que está reventando por todas partes.. tan corta y tan... (Aparte.) Maldita suerte! Que no he de conseguir ponerme una vez el gabán de la comunidad!

MAR. Vamos, por qué se detiene usted?...

ALB. Tenga la bondad de esperar un poco: usted no querrá ir con un compañero en chanclas.

TEOD. (Bajo á Alberto.) Otra te pego!... y no tenemos más que un...

ALB. (Bajo.) Te quieres callar?

TEOD. (Bajo.) Pero si no tenemos más que un par de botas y son cuatro pies los que hay que calzar!

ALB. Quién te impide ir con esas chinelas?

TEOD. Hombre, tú te burlas!... De levita y con chinelas!...

ALB. Con los botines de paño no se vé...

TEOD. De ningún modo; así pueden creer que soy algún lacayo ó mozo de fonda .. ojalá fuese mozo de fonda, no tendría el hambre que me mata en este instante.

MAR. Aun no están ustedes?

TEOD. (Coge las botas.) Yo llevo las botas.

ALB. (Disputándoselas.) Pues no faltaba más!...

MAR. Qué es eso? Disputan ustedes por un par d
botas?

TEOD. Por unas botas que él no ha pagado.

ALB. (Disputando.) Eso no te importa .. Si están ó n
pagadas, es cuenta mía; con tu dinero no las h
de pagar; con que así, mías son.

TEOD. Primero me arrancarán las orejas que las bota

ALB. (Disputando.) Reniego de las amigos.

DEOD. Y yo (Tiran y cada uno queda con una bota.) Bie
esta es la mía!

VOZ. (Dentro.) Señor Alberto! Señor Alberto!

MAR. Que llaman á usted.

VOZ. Señor Teodoro!

TEOD. Es la señora Damiana, la del cuarto bajo.
(Desde la puerta.) Qué quiere usted?

VOZ. Que tienen ustedes aquí dos cartas francas!

TEOD. (Gritando.) Allá voy, señora Damiana. (Deja
bota sobre el cofre.) Esa carta es de mi tía Ve
rónica, sin duda.. (Al salir dice á Mariana.) A
instante subo, tengo que hablar con usted.

ALB. Es carta de mi casa! (A Mariana.) Espere uste
un momento, que al momento subo.

ESCENA III.

MARIANA, sola.

Me tiene que hablar. Una cita... es decir, do
citas; una cada uno, y al mismo tiempo... Sien
pre las mismas ideas!... Los mismos gustos; es
es sin duda la causa de sus contínuas quimeras.
Pero qué hacer por no indisponerlos? Si Teodor
comprendiese que no es á él á quien quiero!..
El también me ama, no tengo la menor duda
Cuando me ve, sus ojos demuestran su pensa
miento, pero cómo gobernarlo? Ya suben; disi
mulemos!

ESCENA IV.

MARIANA.—ALBERTO.—Después, TEODORO.

ALB. (Entrando precipitadamente.) He subido los esca
lones de cuatro en cuatro por llegar antes qu

Teodoro y decirla á usted .. (Coge á Mariana de la mano y la lleva á la derecha.)

TEOD. (Saltando por la ventana.) He tomado el camino más corto .. el de los gatos.

ALB. (Viéndole.) Vive Dios!

TEOD. (Asombrado.) Calla!

ALB. (Aparte.) Por dónde ha entrado?

TEOD. (Aparte.) Por dónde el diablo ha subido?

MAR. (Aparte.) Qué compromiso! Cómo salir de él?... (Mira por la ventana.) Ola! la vecina en mi cuarto... me enseña un papel... Allá voy, señora Damiana. (A ellos.) Perdonen ustedes, vecinos; al momento vuelvo. (Vase.)

ALB. (Llamándola.) Mariana! Mariana!...

TEOD. Niña, niña...

ESCENA V.

ALBERTO. — TEODORO.

ALB. Tú eres la causa de que se haya marchado.

TEOD. Tú eres quién la ha obligado á ello!

ALB. Qué venías hacer aquí?

TEOD. Y tú, qué hacías?

ALB. Estar en mi casa.

TEOD. (Con intención.) Y yo entrar en la nuestra.

ALB. Por la ventana!

TEOD. Qué ley se opone á ello? Con tal que no entre en calesa ú otro carruaje, cada uno entra en su casa cuando quiere y por donde le dá la gana... pero por fin ya tenemos dinero y cada uno...

ALB. Ganas tenía de ello...

TEOD. De qué, del dinero? Yo también las tenía.

ALB. Así nadie nos obliga á vivir más tiempo juntos. Ya no hay contrato alguno.

TEOD. No haya más escritura de comunidad.

ALB. (Abriendo la carta.) Lo que mi padre me envía me bastará para ser independiente.

TEOD. (Abriendo la carta.) Mi pobre tía Verónica me devuelve la libertad.

ALB. (A la derecha.) Con que así, leamos...

TEOD. (A la izquierda.) Veamos, pues.

ALB. (Después de haber leido.) Cielos!

TEOD. (Idom.) Gran Dios!

ALB. (Aparte) Ni un real me manda mi padre!

TEOD. (Idem.) Mi tía me está engañando!

ALB. (Leyendo.) «Querido hijo mío.» Y aun se atre á llamarme querido hijo?

TEOD. (Idom.) «Pobre sobrino mío.» Pobre? Pues e tiene la culpa de que lo sea.

ALB. (Idem.) Estamos poco menos que arruinados.

TEOD. (Idem) El granizo ha destruído nuestra co cha! Según veo, en vez de recibir, voy á ter que mandar!

ALB. (Idem.) Acaban de leerme el testamento de difunto hermano, en el cual, tu tío, que tu una juventud borrascosísima, lega todos los b nes que debían ser nuestros á su fallecimien á un hijo natural que creo tiene en Madrid ha dieciocho ó diecinueve años.

TEOD. (Idem.) Los corderos mueren casi todos, las te pestades han destruído los gusanos de la seda las vacas están con viruelas. Pues señor, esto llaman las plagas de Egipto.

ALB. (Idem) La persona encargada en Madrid descubrir á ese desgraciado hijo, nuestro des jador, acaba de escribir al juez diciéndole q cree hallarle en breve. En tal conflicto, no e trañes te deje de mandar este mes el dinero pa tu manutención. Tu padre que te quiere—R cardo » Estoy como quiero!

TEOD. (Idem.) Me veo por lo tanto reducido á vi con tal economía, que ya raya en miseria; h tú pues, lo mismo, sobrino mío, por un poco tiempo.» (Con indignación.) Que economice p un poco de tiempo! Yo!... yo que llevo treinta seis horas sin probar bocado! Esto es un insu to... Como no economice el hambre!... Oja pudiera!... Y se atreve la muy descarada... firmar .. tu tía que te quiere, Verónica Cruch te. (Con desprecio.) Cruchotte, vea usted lo q llaman una tía; un Monte de piedad fundado p la naturaleza!... Está visto!... No tiene entrañ

la hermana de mi padre... Pero qué digo? Jamás las tuvo.

ALB. (Aparte.) No hay recurso alguno!

TEOD. (Aparte.) Ni un real para los gastos de mudanza!

ALB. (Aparte.) Teodoro sin duda recibirá dinero...

TEOD. (Aparte.) El tendrá dinero y yo no; qué desgracia!

ALB. (Aparte.) Tiene buen cerazón.

TEOD. (Aparte.) Es roñoso... pero no mal amigo.

ALB. (Sin acercarse.) Teodoro?

TEOD. (Sin acercarse.) Qué? ..

ALB. (Afectando indiferencia.) Con que nos vamos á separar?

TEOD. (Afectando indiferencia.) Puesto que lo deseas...

ALB. (Acercándose un poco y sin mirarle.) Oh! lo quiero, porque esta vida te incomoda...

TEOD. (Acercándose un poco y sin mirarle.) Me incomoda... porque tú quieres...

ALB. Pues no hablemos más de ello...

TEOD. Es negocio concluído... con que así...

ALB. Pero por eso no hemos de reñir para siempre.

TEOD. Al contrario.

ALB. Nos veremos como antes.

TEOD. Absolutamente lo mismo; siempre tan amigos.

ALB. (Dándole la mano.) Está bien, Teodoro...

TEOD. (Con intención.) Y si por casualidad... por circunstancias imprevistas, tu padre tuviese algún día viruelas ó una tempestad destruyese la cosecha ..

ALB. (Con intención.) Y si su tía Verónica tuviese por casualidad un hijo natural...

TEOD. Un hijo natural. . mi tía Verónica?... Pues está buen mueble...

ALB. (Con intención.) En fin, si algún día te hallases sin dinero... el mío estará á tu disposición. (Aparte.) Siempre que tenga más que ahora.

TEOD. (Con intención.) Y yo lo mismo; mientras tenga un duro, medio es tuyo...

ALB. Acepto, amigo mío... y te voy á dar una prueba de ello.

TEOD. Sea, pues.

ALB. (Dándole la carta.) Toma... lee esa carta de m padre...

TEOD. (Idem.) Descifra si puedes esas patas de mosca de mi tía Verónica. (Cambian de cartas y se alejan uno de otro.)

ALB. (Después de leer.) Cómo!

TEOD. (Idem.) Vaya con tu padre.

ALB. Yo arruinado por un hijo natural...

TEOD. Y yo por una tía que tiene viruelas .. que está granizada, tronada, helada, y qué se yo cuantas cosas más...

ALB. Con que nada en resumidas cuentas?

TEOD. Nada...

ALB. Qué simpatías!

TEOD. Pero con qué mal agüero!

ESCENA VI.

DICHOS.—MARIANA.

MAR. (Entrando.) Ay, Dios mío! No saben ustedes...

ALB. (Con prontitud.) Qué, qué?

MAR. Que ya no podemos ir al Jardinillo... ha empezado á llover, y muy fuerte.

TEOD. Lo celebro... porque he prestado el paraguas... (Aparte.) al prendero.

ALB. Y qué vamos á hacer?

MAR. (A la ventana.) Esto pronto pasa; es una nube. (Bajando al proscenio.) Comeremos entretanto.

TEOD. Eh? Qué ha dicho usted?

MAR. Voy corriendo al fondista de aquí al lado á encargarle tres cubiertos.

ALB. (A Teodoro.) Tres cubiertos? Lo has oído?...

TEOD. (A Alberto.) Gran Dios!... Yo me pongo malo!...

MAR. No se impacienten ustedes, que al momento vuelvo.

TEOD. (Deteniéndola.) Deténgase usted por Dios... que...

MAR. Qué... acabe usted.

ALB. (A Teodoro.) No dejes que...

MAR. Qué significa!

ALB. Perdone usted... el caso es... que... que...

TEOD. Sí... el caso es... que... pues... sí...

ALB. Que acabamos de comer.
TEOD. Qué has dicho?
MAR. De veras?
ALB. Si hemos almorzado atrozmente... No es cierto, Teodoro?
TEOD. (Con intención.) Sí; bórbaramente!
ALB. Dos chuletas, medio cabrito, una perdiz, y qué se yo qué más.. el caso es que estoy que reviento.. Y tú, Teodoro, no estás lo mismo?
TEOD. Sí, sí, sí, lo mismo... (Aparte.) Pero qué ha dicho?... Dos chuletas y...
ALB. De tanto comer, glotonazo!
TEOD. (Asombrado.) De tanto comer, glotonazo! Pues está bueno: yo glotón... cuando voy á dar un estallido de solo aire! (Incomodado.) De todo tiene la culpa esa tia Verónica Cruchotte.
MAR. Pnes entonces, qué quieren ustedes tomar?
ALB. (Haciendo señas de que calle.) Teodoro!
TEOD. (Haciendo el desentendido.) Qué queremos tomar? Cualquier cosa... hace treinta y seis horas que no ha entrado cosa caliente en mi cuerpo; digo mal... ni fría tampoco.
ALB. Necio de tí.
MAR. Cómo! No...
TEOD. Ni él ni yo... esto no es deshonra... Sepa usted, pues, querida Mariana, que desde antes de ayer no ha pasado por mi boca, (Bajo á ella.) otra cosa que suspiros dedicados á usted.
MAR. Pues es grande alimento!
TEOD. Ya vé usted, aire!
MAR. Pero y las cartas de sus parientes?...
TEOD. Vacías como nuestros estómagos.
MAR. Y no han sido ustedes para decírmelo, cuando yo puedo, es decir, cuando yo conozco un sujeto que les puede ayudar en esta ocasión...
ALB. Un sugeto?
TEOD. Cómo se llama? Dónde vive?
MAR. Me prometen ustedes no rehusar?
TEOD. Cómo! Qué dice usted! Rehusar!... Nosotros no desairamos á nadie!...
MAR. (Colocándose en medio.) Pues bien, vecinos, ese sugeto soy yo!

ALB. Usted?

MAR. (Sacando un duro.) Aquí tengo un napoleón...

TEOD. Un napoleón!... Lleva usted á un gran hombre en el bolsillo!

MAR. Escuchen ustedes; cuando me llamó la vecina fué para darme una carta.

TEOD. Amorosa sin duda?

MAR. De parte de mi amigo el abogado...

ALB. (Aparte.) Siempre ese maldito abogado...

MAR. En ella me invita á que vaya á su casa, para un asunto muy importante, y después añade en la postdata... (Leyéndola.) Estando lloviendo, he creido oportuno remitirla con esta carta un napoleón para que tome un coche...

TEOD. Vea usted un abogado que comprende las necesidades... no es así mi tía Verónica?

ALB. Y acudirá usted á la cita?

MAR. Veremos después de comer lo que he de hacer.

TEOD. Yo iba á decir á usted que la comida inspira y dá buenos consejos.

MAR. Con que así no olviden ustedes que son los que me convidan. (Les da el dinero.)

ALB. Acepto. . pero como empréstito ..

TEOD. Pues!. . Un emprestito forzoso.

MAR. (A Alberto.) Y para que no haya quejas ni cumplidos, vaya usted á avisar al fondista.

ALB. Yo!

TEOD. (Aparte.) Magnífico, me quedaré solo con ella...

MAR. Mientras tanto, pondremos la mesa nosotros.

ALB. Pero...

MAR. Sea usted complaciente.

TEOD. (Con importancia.) Pues, sé complaciente.

MAR. Yo se lo suplico, y creo lo hará usted.

ALB. Solo por complacer á usted lo hago...

ESCENA VII.

MARIANA.—TEODORO.

TEOD. (A la puerta.) Baja despacio... no te apresures... la escalera es pésima. (Volviendo á la escena.) Maldito!... Pues no baja los escalones de cuatro

en cuatro!... (Alto.) Aprovechemos los instantes.

MAR. Ya por fin estamos solos.

TEOD. Ciertamente que sí... podemos charlar sin testigo de vista.

MAR. Deseaba hablarle á usted.

TEOD, (Aparte.) Si estará decidida á...

MAR. Dígame usted, Teodoro, tiene Alberto queridas?

TEOD. El... (Aparte.) Si me creerá su secretario? Sacaré partido de la pregunta. (Alto.) Si tiene queridas dice usted!... Ja, ja, ja...

MAR. Cuidado con mentir, porque se parecen ustedes tanto, que si él fuese libertino y jugador, formaría yo muy mal concepto de usted.

TEOD. (Aparte.) Diantre!

MAR. Con que, qué dice usted?... Cree usted que la mujer que él quiera, podrá estar segura de su constancia y cariño?

TEOD. Pist... pist... es decir, estar segura... (Aparte.) No sé que decir.

MAR. (Con malicia.) Con que entonces, usted ni es constante ni fiel? No lo hubiera creído.

TEOD. Pues señor, la verdad... es constante y fiel á carta cabal... es como un perro de aguas... (Aparte.) Es gracioso tener yo que hacer el panegírico de mi rival.

MAR. Me alegro infinito... y en cuanto á su carácter...

TEOD. Horrible! (Aparte.) Aprovechemos esta ocasión. (Alto.) Es muy soberbio... muy colérico... y capaz en un pronto de arremeter hasta con su mujer.

MAR. Cómo? Sería usted capaz de matar á su mujer?

TEOD. Yo? (Aparte.) Dice bien, si somos en todo iguales. (Alto.) No, imposible, Alberto es un modelo de dulzura... de bondad... de paciencia... En una palabra, es un compendio de virtudes... es un ángel... (Aparte.) Veremos si así adelanto algo...

MAR. Es usted muy modesto.

TEOD. Señora, no veo medio de hacer creer á usted nada... porque si digo que es soberbio... me dice

usted que seré lo mismo .. y si digo que es un ángel... soy poco modesto.

MAR. Lo que quiera usted... pero me alegro de lo que acaba usted de decir...

TEOD. Se alegra usted? De veras?... Y por qué?

MAR. Son ustedes tan parecidos el uno al otro...

TEOD. (Aparte.) Si se irá aficionando á los dos!... Está visto, las señoras mujeres prefieren en tales casos el plural al singular.

ESCENA VIII.

DICHOS.—ALBERTO.

ALB. (Entra sofocado y se coloca entre Teodoro y Mariana.) Dispense usted si he tardado tanto.

TEOD. (Aparte.) A lo mejor viene este gaznápiro... cómo ha de ser.

ALB. (Yendo á la mesa.) Sepa usted que el cubierto...

MAR. Qué?... Pero cómo viene usted tan sofocado?

ALB. No, cá...

TEOD. Dice bien, estás como la grana.

MAR. Y la comida?

ALB. La comida!...

TEOD. Yo quiero ternera mechada.

MAR. La suben ya?...

ALB. Subirla... sí!...

TEOD. Sí, subirla! Por qué no, ó te la has engullido sin acordarte de mí?

ALB. (Con misterio.) Pues señor, sepan ustedes que no hay comida. (Se sienta á la derecha.)

TEOD. Cómo?... Cómo?...

MAR. Qué dice usted?

TEOD. Vive Dios... puede que sea cierto! Pues hasta ese punto podrían llegar las chanzas; dejarnos después de treinta y seis horas *per instan sanctam uncionem*!

MAR. Pero qué es lo que ha sucedido á usted!

ALB. (Confundido.) Quiere usted saberlo? Pues sepa usted que debíamos un piquillo al fondista, y...

TEOD. Gran Dios! No prosigas... ya preveo lo que ha

sucedido. El muy bribón... sin duda te arrebató el napoleón... ese hombre es un inglés.

LB. (A Mariana.) Ciertamente, Mariana! Así que vió el napoleón, se lo guardó diciéndome: «Esto queda á buena cuenta.»

AR. Con que eso quiere decir. . (Se pasea pensativa.)

EOD. (Abatido.) Con que han de continuar nuestros estómagos en vacación hasta nueva orden...

LB. Sin duda dices eso, Teodoro, para avergonzar á tu amigo.

EOD. Amigo que me quita la comida de la boca. Vaya un amigo!...

LB. Pues ten paciencia, por qué no bajaste tú?

EOD. Ojalá... Yo te aseguro que primero me quita las narices de un sartenazo que el napoleón.

AR. (A ellos.) Escuchen ustedes, aun no se ha perdido todo... he concebido un plan...

EOD. Un plan?

LB. Qué plan?

EOD. Un plan... Eso no es cosa de comer.

AR. Mi abogado, á quien olvidé, y que me espera en su casa.

EOD. El abogado de la postdata... bravo...

LB. Y hace usted ánimo, Mariana!...

AR. Descuiden ustedes.

LB. No... no vaya usted.

EOD. No le haga usted caso.

AR. Oh!... yo también tengo mis caprichos. (Vase.)

EOD. (A Alberto.) Oyes? También ella tiene sus caprichos.

ESCENA IX.

ALBERTO.—TEODORO.

LB. Se fué.

EOD. Sí, se fué... vaya en paz y gracia de Dios.

LB. Y tú vas á ser la causa de su desgracia.

EOD. Yo la causa de su desgracia? Como si no supiese andar sola la niña! (Aparte.) Qué fantasmón y qué hipócrita... Con un hombre que no ve... que no vemos, por mejor decir...

ALB. Ya se vé, el que tiene necesidad de placeres.. disipación y locuras, con tal de saciar esa nece sidad, no le detiene ni la reputación, ni la feli cidad de una joven... es preciso dinero, sea cualquier precio...

TEOD. Lo que es preciso y urgente, más que tu ser món, es comer, sea lo que quiera; saciar est hambre que es mi enemigo mortal.

ALB. (Paseándose.) Lloriquear delante de una desco nocida... confesar nuestra miseria... gritar qu se muere de hambre como un mendigo... qu vergüenza!

TEOD. No sé qué pueda haber más miseria que no te ner que comer; además, yo me he quejado á un amiga... por eso no me avergüenzo.

ALB. Calla, calla, eso no es tener delicadeza.

TEOD. Eso querrá decir que tú no tienes hambre.

ALB. Lo que quiere decir es, que tengo más ver güenza, y que prefiero morirme á tener qu agradecer mi sustento á una mujer, y quizás costa de su honor...

TEOD. (Con emoción.) Su honor?... Un momento... u momento... Si tal supiese... si por mi causa es tuviera en peligro!... Es imposible... yo, yo qu la amo tanto...

ALB. (Sorprendido.) Cómo? La amas tú?

TEOD. (Con naturalidad.) Y qué tiene eso de particular

ALB. Con qué la amas?

TEOD. Pues qué, no tengo el mismo derecho par amarla que tú?

ALB. Sí, sí... dar hospitalidad á un amigo, imponers privaciones y disgustos para ayudarle, para so correrle... que él os dará el pago... robándoos e amor de la mujer á quien amais; burlándos hasta en vuestra misma cara.

TEOD. Tú estás loco!

ALB. Y yo que te creía mi amigo! No... me engañé... eres un ingrato... un egoista!...

TEOD. (Medio llorando.) Yo ingrato, yo egoista? Alberto tú estás loco! Echarme en cara el favor que m hace... el pan que me da... oh! dime por pieda

que no sabes lo que has dicho... dime que estás loco.

ALB. (Con sequedad.) Nunca me vuelvo atrás de lo que digo.

TEOD. Basta... te comprendo... te estoy estorbando y por eso me echas de tu casa.

ALB. Al contrario, te cedo mi lugar.

TEOD. No, imposible, la casa es tuya.

ALB. Lo mismo que tuya. (Coge la bota.)

TEOD. Eso no es cierto, porque tú te comprometiste á pagarla (Coge la otra bota.)

ALB. (Poniéndose la bota.) Eso no me importa, me marcho.

TEOD. (Idem.) Pues bien, yo también.

ALB. Como quieras. (Con una bota puesta.) Dónde está la bota del pié derecho?

TEOD. (Aparte.) Dónde diantre he puesto la bota del pié izquierdo? (Cada uno tiene una bota puesta por encima del pantalón y buscan la otra en los dos lados; de repente se vuelven y se ven.)

LOS DOS. (Retrocediendo.) Cómo...

ALB. Esa es la bota que me falta.

TEOD. Y esa otra la mía.

ALB. Si lo hubiese sabido!...

TEOD Como lo hubiese pensado!... (Se sacan las botas y se las ofrecen mútuamente.)

LOS DOS. Tómala.

TEOD. Gracias... son tuyas.

ALB. No por cierto, son de los dos.

TEOD. De ningún modo; tú eres el que las debes; yo iré en chinelas; con las trabillas no se vé.

ALB. (Impaciente.) Pues bien, acabemos.

TEOD. (Idem.) Sí, acabemos pronto... hasta más ver... (Vase)

ALB. (Secamente.) Buen viaje. (Se sienta.)

ESCENA X.

ALBERTO, solo.

Ya se marchó, tanto mejor... me alegro .. si él creía que yo iba á detenerle, se engañó; veremos

si encuentra donde está mejor... (Se levanta.) E
ya no podía durar más tiempo... la vida comú
es un infierno abreviado... un suplicio.

ESCENA XI.

ALBERTO. —MARIANA.

MAR. (Entrando con un cesto.) Ya me tiene usted d
vuelta.

ALB. (Con alegría.) Usted aquí?

MAR. Sí y con provisiones y buenas noticias que da
á ustedes.

ALB. Buenas noticias?

MAR. Las cuales os comunicaré en la mesa, porqu
este paseo me ha abierto las ganas de comer
(Pone la mesa.)

ALB. (Ayudándola.) Pero cuánto traeis!

MAR. Oh! facilmente daremos fin de ello los tres.

ALB. (Sobresaltado) Los tres!

MAR. Sin duda... y aún me atrevería á decir los seis
porque Teodoro creo muy bien que comerá po
cuatro! Pobre joven!...

ALB. (Aparte.) Sí, ciertamente... si no hubiésemos ro
to nuestra amistad hasta después de haber co
mido... pero lo que es ya...

MAR. Todo está dispuesto... (Con alegría.) Alberto, m
permitirá usted que le invite...

ALB. Oh, yo no debo...

MAR. (Cogiéndole y sentándole.) Basta de cumplimien
to; siéntese usted, que ya he dicho que teng
un secreto que confiarles.

ALB. (Sentándose.) Como usted guste.

MAR. Empezaremos por las chuletas. (Le sirve.) Per
y Teodoro?

ALB. (Con embarazo.) Teodoro... acaba de marcharse

MAR. Habrá ido sin duda ..

ALB. Ignoro donde. (Aparte) Y á él que le gustar
tanto las chuletas!

MAR. (Aparte.) Sin duda ha habido discusión. (Alto
Pues entonces le guardaremos su ración...
esta media polla.

ALB. Y á él que tanto le gustan las pollas. (Alto.) Es inútil, porque no volverá.

MAR. Cómo!

ALB. Nos hemos separado para siempre.

MAR. Para siempre!... Por eso iba sin duda tan pálido y tan abatido cuando le he encontrado en la calle de Hortaleza.

ALB. Le ha visto usted? Y dice que iba afligido?

MAR. Sí, muy sofocado... casi saltándosele las lágrimas.

ALB. (Aparte.) Lloraba... y tenía hambre; yo tengo la culpa. (Separa la comida.)

MAR. Qué tiene usted, Alberto?

ALB. (Alto.) Oh! si supiera que renunciaba al amor de usted!

MAR. Amarme á mí?

ALB. (Con valor.) Sí... y ese ha sido el motivo de nuestra separación; porque yo también la amo á usted, Mariana. Jamás me atreví á decírselo, pero mis ojos se lo han dicho ya mil vecea.

MAR. (Conmovida.) Alberto!

ALB. La envidia, los celos me han inducido á separarle de mi lado.

MAR. Con que después que me ha hecho vuestro elogio, ponderándome las buenas cualidades de usted y sus buenos sentlmientos! (Aparte.) Bastante á la fuerza. (Alto.) Le echais de vuestro lado? Qué ingratitud!

ALB. Qué dice usted?... Eso es cierto! Y yo le acusaba! Oh! voy al instante á buscarle. á reparar mi falta. (Viéndole venir.) Pero calla, aquí viene!

ESCENA XII.

DICHOS. — TEODORO.

TEOD. (Entrando.) Dispensen ustedes, soy yo... que no habiendo encontrado casa... (Aparte.) Están comiendo!

MAR. (A Alberto.) Dígale usted que se acerque á comer.

ALB. (Bajo á Mariana.) No va á querer.

TEOD. (Aparte.) Y están comiendo en mi mesa.

ALB. (Con dulzura.) Y qué, vas á quedarte ahí?

MAR. Teodoro, tenga usted la bondad d e ..

TEOD No , no se incomoden ustedes , volveré ma tarde...

ALB. Teníais algo que decirme?

TEOD. A usted, no señor... sólo venía á buscar...

ALB. Qué?

TEOD. Mi mesa, para venderla.

ALB. (A Mariana.) Es verdad, esta mesa en que esta mos comiendo es suya.

MAR. Pobre joven!

TEOD. Pero, continuen ustedes; yo me sentaré aqu mientras acaban. (Se sienta en el cofre.)

MAR. (A Alberto.) Cuánto sufre!

ALB. (A Mariana.) Más sufro yo que él. (Se levantan se acercan á Teodoro.) Teodoro?

SEOD. Qué quieren ustedes?

ALB. Si yo te suplicara que nos acompañases á co mer...

TEOD. Lo rehusaría, pues sólo quiero mi mesa cuand la desocupen.

MAR. Y si uniese yo mis súplicas á las de Alberto?

TEOD. Doy á ustedes las gracias, no tengo apetito.

ALB. Mientes en este momento.

TEOD. (Levantándose.) Alberto...

ALB. Digo que mientes... Tienes que comer ó de l contrario decir la causa de tu resistencia.

TEOD. Pues bien, lo diré; no me acerco á la mesa porque no he venido á mendigar como un pobr un pedazo de pan.

ALB Teodoro, guardas rencor?

TEOD. Rencor? Jamás!... Guardo memoria.

ALB. Pues bien, Teodoro, vuelve á participar de l suerte de tu amigo... de tu hermano.

TEOD. Rehuso tu oferta.

ALB. (Suplicando.) Oh! no, eso no...

TEOD. Hace un momente hubiera aceptado sin ver güenza, porque estabas como yo rodeado d miseria, pero ahora me es imposible.

ALB. Por qué?... No comprendo...

TEOD. Porque eres rico y dichoso, y podrías creer...

ALB. Qué quieres decir?

D. Cómo, Mariana, no se lo ha dicho usted todavía?

. No hemos tenido tiempo; sólo hemos hablado de usted.

. (Sorprendido.) Qué misterio es ese?

D. No sabía que vuestro abogado os ha hallado un nombre: una familia, una fortuna?

. Es posible!

D. Y que usted venía á ofrecérsela con su mano?

. A mí? Será cierto... Mariana... usted me ama?

R. Mientras no era más que una simple costurera, debí callarme, Alberto, y ocultar bajo el exterior de la indiferencia un sentimiento puro de amor.

B. Oh! Mariana!

R. Pobre, huérfana y abandonada, no podía aspirar á ser vuestra esposa... Os quería demasiado para hacer vuestra suerte más insoportable.

B. No prosiga usted, por favor...

R. Pero hoy que sé el nombre que me pertenece, y que poseo bienes que mi padre me dejó al morir... puedo ser vuestra esposa.

B. Qué oigo?

OD. Con tu tío... digo, vuestro tío el de Santander.

R. De Santander decís...

B. Cómo se llamaba vuestro padre?

R. Don Facundo Marchante.

B. Facundo Marchante! No cabe duda!... Es ella, la hija de mi tío.

OD. Tu prima...

R. Yo parienta vuestra!... Es una ilusión! Tome usted .. lea esos papeles... (Le da los eapeles.)

B. (Leyendo.) Este es su testamento, su firma! Qué felicidad! (Va á acrazarla) Oh! Si me permitieras...

R. Por qué no? (Se abrazan.) Entre dos primos que se quieren...

B. (A Teodoro.) Mi compañero! Mi buen amigo! Olvidemos lo pasado. . desde ahora seremos, no compañeros, sino hermanos.

OD. Oh! qué dicha, todo lo olvidaremos.

B. Hemos nacido el uno para el otro.

AR. Esa semejanza ha sido justamente la causa de

todas vuestras disensiones... bien dice el pro-
verbio, cada oveja con su pareja.

TEOD. Tiene razón.

MAR. Y desde ahora puede permanecer con nosotro

ALB. Sí, no te separarás jamás de nuestro lado.

TEOD. Unión siempre!... Voto al diablo,
y haremos desde mañana,
de Virginia, Mariana,
y nosotros dos, de Pablo.
Largo de aquí... Mas qué hablo?
Nos falta...

ALB. No te acalores;
comprendo tus sinsabores,
nos falta...

TEOD. Nos falta...

ALB. Chito!

MAR. (Se coloca entre los dos.)
Lo que nos falta!... Clarito! (Al público.)
Es un aplauso... señores.

FIN.

PUNTOS DE VENTA

MADRID

Librería de la Sra. Viuda é hijos de Cue
calle de Carretas, núm. 9.

PROVINCIAS

En casa de los corresponsales de la BIBLIOT
LÍRICO-DRAMATICA.

Pueden tambien hacerse los pedidos de ej
plares á esta casa, acompañando su importe
letras de fácil cobro ó sellos de comunicacio
sín cuyo requisito no serán servidos.

Precio, UNA peseta.